EN DEFENSA DE LA ORTOLOGÍA

BRAE TOMO XCV • CUADERNO CCCXI • ENERO-JUNIO DE 2015

ANTES de Saussure y del comienzo de nuestra era lingüística, la Gramática tradicional perpetuó a lo largo de los siglos uno de los dos «errores fatales» del periodo alejandrino que constituyeron lo que John Lyons ha dado en llamar la «falacia clásica» en el estudio del lenguaje¹. Tal error fue el de considerar la lengua hablada como dependiente de la lengua escrita, como si los signos gráficos hubieran estado en el origen de los signos fónicos, como si la escritura fuera un lenguaje primario y la lengua oral un lenguaje derivativo de categoría netamente inferior y muy poco digna de aprecio². La Lingüística moderna sostiene, como es bien sabido, una idea radicalmente contraria a propósito de esta cuestión. En el ámbito científico de esta disciplina y, más allá de sus límites, en el de la Semiología en general, no se suscitan dudas al respecto. Pero una cosa es lo que la ciencia dice y otra lo que la sociedad considera, o lo que hace o deja de hacer sin consideración alguna. Con este artículo pretendo denunciar una omisión social largamente sostenida: la de la Ortología, que lleva tanto tiempo apartada de las aulas en la enseñanza elemental, media y superior, que ya ni su nombre se recuerda³. «¿Cómo?, ¿Ortoqué?», preguntan mis alumnos invariablemente cuando, por primera vez, abordamos el asunto en clase. No saben lo que es la Ortología, ni saben lo que es la Prosodia, aunque los no olvidadizos sí recuerdan con mayor o menor aproximación lo que son la Fonética y la Fonología. Lo cual no deja de ser llamativo en alumnos universitarios, es decir, en alumnos que ya han superado los tramos de la enseñanza en los que, supuestamente, tendrían que haber alcanzado unos mínimos culturales que casi ninguno demuestra. No alcanzan ni remotamente esos mínimos culturales, y desde luego, y esa es la cuestión, no se les ha enseñado nunca Ortología. Es lamentable, porque ya no tienen la mejor edad para recibir tal enseñanza. Esa edad no es la de los universitarios, ni la de los alumnos de secundaria, aunque con los de los primeros cursos todavía se pueda hacer algo. Quienes están en la etapa crucial para eso son los alumnos que cursan la Educación Primaria. En ese momento los niños tienen la capacidad de hacer enteramente suyos los hábitos lingüísticos que se les pon-

¹ John Lyons, *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona, Teide, 1973, pág. 14.

² John Lyons, ob. cit, págs. 9-10.

³ Véase lo que piensa y deja escrito a este respecto Francisco Marsá en su *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 1986.

gan por delante. También, y hasta diría que muy especialmente, los relativos a la pronunciación.

¿Qué hace falta para que unos niños que no pasan de los doce años se acostumbren a pronunciar bien el idioma? Desde luego, no me parece oportuno enseñar a los niños de Primaria Fonética y Fonología. Si los caminos de la lengua arrancan, precisamente, de la diferenciación de los primeros signos en virtud de sus mínimos constituyentes y aun de sus rasgos fónicos, los de la reflexión sobre la lengua deben reservar el estudio de este nivel de la organización idiomática para el final. Un final al que no se llega en la escuela. Pero aunque al niño no se le enseñen estas disciplinas como tales, realiza o, mejor, perfila la adquisición del subsistema fonológico de la lengua materna en esta etapa de su vida. Y en este proceso la influencia de la escuela es decisiva, y por eso mismo no se puede dejar de ejercer. La escuela, esto es, los maestros, que en definitiva son quienes hacen la escuela, deben ejercer dicha influencia de forma consciente y deliberada. Deben procurar que el aprendizaje fonológico atento que en las aulas se va a añadir a la adquisición espontánea se realice de acuerdo con un ideal normativo, es decir, ortológico, prosódico. Y no basta para eso dejar la influencia en influencia, claro, es que hay que hacer hueco a la Prosodia en la programación de los contenidos. No responde a la tendencia, que va por derroteros muy distintos, pero convendría recuperar esa vieja y buena enseñanza. Hay que tener un poco de sentido de la realidad, y la realidad de la lengua es eminentemente social. Social: de la sociedad.

Vivimos en una sociedad exigente, competitiva, y extremadamente abarcadora. En esta sociedad, que es la del mundo en pleno, impera sin ningún género de duda la ley del más fuerte y aunque el individualismo, el igualitarismo y otros «ismos» diversos son artículos de lujo que contribuyen a ese cierto aire de elegancia humana e intelectual al que personas y grupos aspiran, aunque confieran una apariencia progresista y expresen la liberalidad de talante en quienes los proclaman, lo cierto es que el hombre sigue siendo como siempre y busca su ventaja; los grupos humanos siguen siendo como siempre y buscan su ventaja; y esta gran sociedad, esta aldea global en que nos ha tocado vivir, y que también busca su ventaja, si no puede ser exactamente igual que ha sido siempre, es porque es producto de factores que antes no se daban. Ha pasado a ser un gigantesco mercado en el que la cibernética ha abolido todas las limitaciones que a la comunicación y a la acción imponía la necesidad del *hic et nunc*, y en donde nos es forzoso operar a velocidad vertiginosa para adaptarnos al ritmo frenético que nuestras propias posibilidades han acabado por imponernos. Un gigantesco mercado en el que a pesar de las referidas novedades todo, los hombres y los grupos, se supedita a la gran ley entre las leyes: la de la oferta y la demanda. Vieja ley, es cierto, pero a escala más que aumentada. Una

organización única y ninguna posibilidad de independencia. Ningún lugar remoto. Ninguna tierra de nadie. Y en este mundo que ya no es ancho aunque siga siendo ajeno, ¿quién es actualmente autosuficiente?, ¿quién puede sentirse dueño de su propio destino?, ¿qué nos queda? Nos queda, todavía nos queda, nuestra lengua, con todo su inmenso potencial comunicativo. Una lengua rica, donde las haya, en hablantes y en textos del más alto interés: textos que, a lo largo de los siglos, han registrado nuestra experiencia sobre la realidad y sobre nuestros propios hechos, han dado cauce a nuestro pensamiento, han constituido, en sí mismos, hermosas creaciones. Textos científicos, históricos, filosóficos, literarios..., todos al alcance de nuestras posibilidades de entendimiento y de disfrute en virtud de la lengua que constituye la sustancia de su expresión: la lengua española. Cuidémosla, pues. Es lo más grande de cuanto hemos heredado. Que siga siendo nuestra y que siga siendo la misma. Breve es la vida del hombre y poco hemos de durar, pero, en fin, mientras la tierra nos sostenga, que suene nuestra palabra.

¿Sentimentalismo? Quizá, aunque personalmente creo que no: experimentar sentimientos profundos hacia lo que nos resulta de vital importancia no es manifestación de sentimentalismo ¿Ideología? Juzgue el lector. Pero se trataría, si se analiza, de una ideología fundamentada en una idea demostrable y en un deseo legítimo. La idea demostrable es la de que nuestra lengua es valiosa, culturalmente trascendente. Como vehículo de comunicación por el gran número de sus hablantes, y como vía de acceso al arte de la palabra por la calidad y la abundancia de sus productos. El deseo legítimo es que lo que tenemos nosotros gracias a nuestros antepasados lo tengan también nuestros descendientes.

Claro que lo que para algunos es una lengua de cultura, digna de ser preservada mientras se pueda de la inexorable destrucción del tiempo, para otros no es nada. Quien piensa que todo lo que el hombre produce es homologable, porque se explica en algún sistema de valores, quien solo cree en el bien y en el mal y, consiguientemente en lo bueno y en lo malo, poniendo a Dios por delante, y descarta su diferencia en ausencia de tal Dios, se niega a medir las cosas desde criterios universales, porque tales criterios le parecen imposibles, humanamente hablando. ¿Quién es quien piensa así? Pensar, lo que se dice pensar, solo unos pocos, porque tal pensamiento se ha convertido en ideología sin fundamento, en idea aceptada sin análisis o en análisis parcial y separado de la realidad. Y la ideología, cuidado con ella, con facilidad se transforma en dogma.

El problema es que en la sociedad actual impera la ideología del multiculturalismo, cuya raíz está en los postulados del relativismo cultural, que ha extendido la consideración de lo que es cultura hasta límites inverosímiles, y, en el terreno que nos interesa, el de la pronunciación, ha llevado a confundir

los parámetros de la Lingüística externa con los de la interna, que, evidentemente no valora aquello que analiza, describe y explica, como si desde su ángulo, la relación de las lenguas con su contexto humano, tampoco fuera posible valorar nada. Grave error de perspectiva, sin duda. La Lingüística externa, ni puede ni debe limitarse a la descripción de la realidad que le interesa: la relación entre la lengua y sus hablantes no se sujeta a leyes intocables y ajenas a nuestra capacidad de decisión. Podemos decidir sobre el tratamiento que damos a la lengua en función, por ejemplo, de criterios de valoración social. Podemos diferenciar, aplicando estos criterios, lo correcto de lo incorrecto. Pero se nos dice, en nombre de una ciencia muy mal explicada y peor entendida, que no cabe tal posibilidad, y tanto se ha repetido esta consigna que la gente se ha creído que todas las lenguas son iguales y que todo es igual dentro de una misma lengua, que no hay usos mejores y usos peores. Poco porvenir tiene la Ortología en una época en que parece como si a nivel fónico ya no pudiéramos definir explícitamente nuestros ideales de uso, es decir, nuestra norma ejemplar. Imposible rescatar y rehabilitar la Ortología sin tener antes bien claras las ideas al respecto.

¿Por qué estas reflexiones? Porque quiero ir a parar a este punto: si no se enseña a pronunciar correctamente el español en las escuelas es, sencillamente, porque el dogma social imperante preconiza lo contrario. Porque vende, nos vende, que toda pronunciación es buena. Que no hay que reprobar los hábitos de realización fónica de nadie. Que lo diferencial es, en sí mismo, un valor. Que no hay un modelo que seguir. Yo estoy muy poco de acuerdo con esto, no es difícil darse cuenta. Cada pronunciación es, efectivamente, buena en el ámbito que le es propio. Lo bueno, al fin y al cabo, no es otra cosa que lo armónico, lo que para existir en su medio no solo no choca con él, sino que lo realza. Pero la escuela no es lugar natural para cualquier conducta, por más que cualquier conducta social pueda resultar idónea en el contexto adecuado. En la escuela, que es ámbito de transmisión cultural, no cabe otra pronunciación que la modélica, porque sin duda existe un modelo de corrección. Los modelos se pueden construir según la conveniencia, es cierto, pero no cuando ya hay uno avalado por la tradición y salvaguardado por el prestigio. El español hablado no carece de ese modelo, desde luego. Y por si no bastara, ahí está nuestra escritura, la más fonológica de cuantas puedan citarse entre las de las lenguas que han dispuesto siempre de sistema alfabético⁴. ¡Qué sencillo, en estas

4 Emilio Alarcos Llorach, «Las representaciones gráficas del lenguaje», en Andre Martinet (dir.), *Tratado del lenguaje*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1976, págs. 177-236. Conviene recordar lo que sobre las representaciones gráficas del lenguaje escribe Emilio Alarcos Llorach, con el rigor y la claridad que lo caracterizan.

condiciones, mantener el ideal de pronunciación! Pues la escritura, aunque imperfectamente, es ya una forma de transcripción de esa pronunciación que, en un momento determinado de la vida del idioma, se ha querido plasmar en una representación gráfica. Pero, ¿qué plasma una escritura fonológica? No los sonidos del habla, tan variables, sino las identidades sonoras de la lengua. Hacia ello tiende, al menos, con todas las reservas que se quiera. Por eso la iniciación en la lectoescritura no solo no está desaconsejada sino que es muy recomendable para los niños que todavía no pronuncian bien todos los fonemas: la identificación de una letra escrita contribuye decisivamente a la del fonema al que se vincula en el código de correspondencias gráfica-fonema: aprender a leer y escribir ayuda a mejorar la pronunciación defectuosa ocasionada por un retraso en la adquisición del subsistema fonológico o por una dislalia funcional.

La norma ejemplar de pronunciación, que existe aunque la tengamos en olvido, debe ser unitaria en lo que respecta al mantenimiento de esas identidades fonológicas de las que tenemos conciencia gracias a la escritura, y aún vigentes para los hablantes conservadores. Y los hablantes conservadores son, sencillamente, los hablantes conscientes, por sus conocimientos, de que hay algo que conservar, son los hablantes cultos. Que determinadas formas de conservadurismo, como por ejemplo la fijeza de la fonética consonántica, sean también propias de determinadas zonas geográficas parece bastante natural. Lo que ya no parece natural, o al menos sensato, es que en las zonas en que no se mantienen popularmente las formas estabilizadas en las áreas conservadoras, la población letrada prescindiera también de ellas en situaciones formales en las que cabría esperar especial cuidado en la expresión oral. Está muy bien todo eso de las raíces y las señas de identidad inmediatas, pero no a costa de la raíz más honda, la que nos une a gran parte del mundo, no a costa de nuestra identidad más clara, la de la lengua que nos hermana con tantos y tan diversos pueblos.

En los términos más simples, si se reconoce la necesidad de una norma referencial para la correcta comunicación, la única que cumple los requisitos para ser generalmente aceptada en el mundo hispánico es la norma culta que, en determinados aspectos, coincide con la tendencia castellanista. Ninguna otra norma podría alcanzar el necesario carácter modélico, sino por el sistema de la cruda imposición. La disyuntiva es, pues, esta: si queremos una norma ejemplar, la que hay; si no queremos la que hay, ninguna.

En cualquier caso la norma ejemplar de pronunciación, la norma culta, es perfectamente conciliable con buena parte de las peculiaridades puramente normativas de carácter dialectal. Y, al fin y al cabo, no lo olvidemos, en el subsistema fonológico las diferencias realmente funcionales entre los dialectos de una misma lengua no son muchas. Y hasta esas diferencias, al menos algunas, cuan-

do se justifican, caben en la norma culta de pronunciación que no siempre propone una solución única, puesto que no solo señala usos preferentes, sino también usos admisibles. ¿Y qué es lo admisible? Hay que dejar bien claro que admisible es, sin la menor duda, lo que ha encontrado suficiente respaldo entre los hablantes, incluso en aquellos casos en que anula una distinción del sistema: la lengua, que es la institución más democrática de cuantas se conocen, jamás podría ir contra el dictado de la mayoría de sus usuarios. ¿Cabe acaso ir contra el seseo, por más que represente la indiferenciación entre dos fonemas del español y se aparte de la tendencia castellanista? Categóricamente no. ¿Y contra el ceceo, que es el otro camino que puede tomar esa misma indiferenciación? Pues contra el ceceo desde luego que hay que ir, aunque a primera vista parezca paradójico aceptar una cosa y rechazar la otra. La explicación es clara. Sabemos que el seseo y el ceceo son dos caras de una misma moneda: la neutralización entre el fonema alveolar, fricativo, sordo y el interdental, fricativo, sordo, es decir, entre /s/ y /θ/. Tal neutralización es un fenómeno de carácter dialectal, y como tal, permanente en la realización de los hablantes que de él participan, no tiene nada que ver con la posición en que aparecen estos fonemas en la cadena hablada. El seseo está extendido por todo el mundo hispanohablante: se sesea en todos los países que hablan nuestro idioma, incluida España. Lo que pasa es que en España, al contrario que en América, se mantiene ampliamente la distinción entre /s/ y /θ/. En cualquier caso, el seseo americano, como el español, ha penetrado en todos los estratos culturales de la sociedad, y no constituye vulgarismo, puesto que es rasgo propio de la pronunciación de la gente culta, incluso de la muy culta. Goza por ello del prestigio de aquello que, además de ser mayoritario, pertenece a la costumbre de los mejores usuarios del idioma. Piénsese: de los quinientos millones de hispanohablantes que somos sesean alrededor de cuatrocientos sesenta, ¡cuatrocientos sesenta millones!, entre los que hay gente de toda clase y condición. El ceceo, en cambio, es un fenómeno muy minoritario, no hay demasiados millones de ceceantes en total. Salvo anecdóticamente, en América no existe, y en España solo se da en Andalucía, pero no en toda Andalucía, sino en un tercio de ella⁵. ¿Qué representa esto? ¿Tres millones de hablantes? En la zona ceceante el ceceo queda relegado al ámbito del lenguaje informal y familiar, porque carece de prestigio para la vida pública, al ser un fenómeno tan minoritario y tan poco propio de quienes han tenido acceso a una educación. La gente no se para a pensar en el ceceo como rasgo dialectal, y lo considera rasgo vulgar

⁵ Véase Gregorio Salvador, «La fonética andaluza y su propagación social y geográfica», en *Estudios dialectológicos*, Madrid, Paraninfo, 1987, págs. 61-62.

y síntoma de escasa cultura: ciertamente, antes de que se impusiera el credo del multiculturalismo, con la elevación a los altares de lo «diverso», la escuela siempre procuró enseñar a los ceceantes a pronunciar la *s*, de modo que la incapacidad para hacerlo se ha considerado muy mal, y se sigue considerando muy mal, en flagrante contradicción con los principios ideológicos que gobiernan ahora la enseñanza, en todos los ambientes, en los académicos y en los laborales. Por otra parte, la articulación defectuosa del fonema /s/ conocida como sigmatismo interdental, es, según Perelló, Ponces y Tresserra, una de las lalopatías dislábicas más frecuentes no ya en español, sino en otras muchas lenguas. «En inglés se llama *lisp*; en alemán, *Lispeln*; en francés, *zozotement*; en castellano *ceceo*; en catalán *papissot* o *sopes*; en vasco *sisipasa*⁶». De todos modos, si el ceceo se hubiera generalizado, muy pronto hubiera cambiado su consideración social, pero no es el caso. Carece de prestigio, y, por lo tanto, de toda capacidad de influencia: es obvio que las únicas minorías influyentes y capaces de convertirse en modelo lingüístico para la sociedad son las culturalmente muy potentes, por más que los ideólogos del multiculturalismo pretendan ponerlas a todas en pie de igualdad.

Lo que ocurre con el seseo ocurre también con el yeísmo, que es igualmente un fenómeno de neutralización, aunque en este caso de sentido único. El yeísmo es conciliable con la ejemplaridad, aunque afecte a las identidades fonológicas de dos unidades del sistema, el fonema /j/ y el fonema /y/, que se realizarán siempre como [y]. Pero aquí se acaban las posibilidades de neutralización fonológica del español culto. En lo que atañe a las demás unidades, el mantenimiento de los rasgos distintivos que establecen las oposiciones en las que participan parece más que recomendable.

A propósito de lo que es o no normativo, conviene señalar que la norma ejemplar, como modelo preceptivo de uso del sistema, no se refiere esencialmente a aspectos no funcionales. ¿Dónde queda, en el léxico y en la gramática, la frontera entre lo funcional y lo no funcional? En el nivel fonológico, en el que esa distinción sí está clara —de ahí que haya, por una parte, Fonología y por otra Fonética— la norma histórica se nos presenta como una norma de normas en la que cada norma particular presenta diferencias con respecto a las demás. Diferencias excluyentes, y por eso incompatibles, no integrables, en tanto que suponen una opción que descarta cualquier otra. Sin embargo la norma ejemplar es otra cosa. No es un modo concreto de realización dentro de unos

⁶ Jorge Perelló, Jorge Ponces Vergé y Luis Tresserra Llauredó, *Trastornos del habla*, Barcelona, Editorial Científico-Médica, serie de Audiofoniatría y Logopedia, volumen VIII, 1981, págs. 252-253. Sobre el sigmatismo interdental véase también la página 255.

márgenes. No es una opción hacia lo propiamente normativo, que carece con frecuencia de relevancia social, sino una opción hacia lo sistemático, o, si se quiere, hacia lo sistémico, hacia lo que está en el sistema. Dado que la lengua, incluso en sincronía, es un diasistema, los distintos sistemas o lenguas funcionales parcialmente diferenciados aportan sus diferencias específicas a la lengua común. La lengua común integra y cohesiona cuanto recibe, y así se constituye la coiné, constantemente realimentada, especialmente en el plano léxico, desde los diversos ámbitos territoriales del idioma⁷. La norma culta, y por tanto ejemplar, no procede, pues, en el léxico, de ninguna lengua funcional concreta, sino de la propia coiné como tal. Pero en los niveles gramatical y fonológico no hay posibilidad de integración de reglas o de unidades divergentes en un todo cohesionado. Siempre se ha dicho que el léxico es una categoría abierta. Digamos mejor que es un subsistema abierto: abierto por la ilimitada capacidad de asimilación y reajuste de sus paradigmas. El subsistema gramatical y el fonológico no pueden variar al mismo ritmo, obviamente: el resultado sería caótico. Pero como varían, de hecho, y no en una dirección única, el resultado es la pluralidad de organizaciones funcionales. Pluralidad que, afortunadamente no afecta a toda la gramática ni a todo el sistema fonológico de manera inmediata, sino, solo, a alguno de sus paradigmas. La norma ejemplar postula un modelo organizativo, no varios, es decir, se constituye selectivamente. En lo gramatical porque no cabe aceptar la proliferación de esquemas sintácticos ni la diversidad de aplicación de procedimientos constructivos encaminados a resultados únicos. No cabe sino hasta cierto punto. Y ese punto lo marca esta norma ejemplar, que para ello ha de basarse en la costumbre de un cierto grupo de hablantes y prescindir de la de los demás. ¿Y qué es la costumbre de uso gramatical, cuestión de norma o de sistema? Si concedemos que en el nivel gramatical el sistema incluye además de reglas instrucciones específicas para la aplicación de tales reglas a casos concretos, no encontramos justificación alguna para distinguir la pertenencia al sistema de la pertenencia a la norma. Pues las instrucciones de aplicación vienen dadas por el uso, por la costumbre, en definitiva, por la norma. Lo ejemplar procede, pues, de una única gramática funcional que es, sin duda, una abstracción. En lo fonético-fonológico ocurre algo muy parecido y además se aprecia con mayor claridad. La norma ejemplar se establece básicamente a partir de la lengua funcional de los hablantes de tendencia conservadora, que se ha mantenido sin variaciones desde el siglo XVII, y ha fijado los perfiles sonoros de los signos, los fonemas y los rasgos suprasegmentales. Todo lo que no interfiera, por tanto, en la con-

⁷ Aurora Salvador Rosa, «El léxico: norma, sistema y neutralización», en *RSLE*, 36, (245-261). En este artículo trato extensamente sobre la cuestión.

servación de las unidades de lengua puede ser asumido por la norma y es, por lo general, perfectamente admisible desde la ejemplaridad.

Vistas así las cosas el reconocimiento de esa norma ejemplar no puede resultar traumático para los hispanohablantes de las áreas de fonética revolucionaria, en las que no hay solución homogénea ni mucho menos definitiva para casi nada⁸. Sería muy deseable que la escuela dejara de ignorar la existencia del imprescindible modelo de corrección y acometiera la enseñanza de la Ortología en lugar de seguir obviándola para no enfrentarse a un conflicto que, según lo dicho, no es real o, al menos, no tiene unas dimensiones disuasorias. Sería muy deseable y además importa y urge. Especialmente porque la sociedad que promueve propagandísticamente desde el poder las máximas igualitaristas del multiculturalismo es profundamente antiigualitaria, he aquí la cuestión. A la hora de la verdad, sigue exigiendo el ajuste a esos modelos prestigiosos que niega y, sobre todo, que se niega a proporcionar precisamente a quienes más los necesitan desde la única instancia posible: la escuela. Algo huele a podrido, y no precisamente en Dinamarca.

Nadie ignora que en el desarrollo del ser humano existen periodos críticos para determinados aprendizajes, periodos en los que la predisposición para adquirir determinados hábitos o pautas de comportamiento es máxima⁹. Dejarlos pasar sin aprovecharlos supone que cuando intentemos adquirir lo que no hemos adquirido en el momento clave va a resultar más difícil, y a veces imposible. Dada la circunstancia de que es hacia los doce años cuando la capacidad de adquisición de hábitos lingüísticos alcanza su pico, parece completamente absurdo desaprovechar las posibilidades de los niños de Primaria. A la edad que tienen es fácil acostumbrarlos a cualquier pronunciación de la lengua materna, o de otra lengua, por el simple procedimiento de exponerlos a ella, de ahí la fundamental importancia del maestro como modelo, con lo que se convertirán enseguida en receptores preparados, es decir, en receptores con sus expectativas abiertas hacia ese modo de ejecución sonora. Tampoco es especialmente complicado ejercitarlos activamente en esa pronunciación, aunque no coincida del todo con la de su casa o con la de la calle. Aunque para esto es inexcusable crear en ellos la conciencia de que en clase hay que cuidar la dicción, que la articulación del lenguaje tiene que resultar absolutamente clara y

⁸ Sobre este particular, véase Gregorio Salvador, «Discordancias dialectales en el español atlántico», en *Estudios dialectológicos*, Madrid, Paraninfo, 1987.

⁹ Esta idea, que aún aceptamos aunque podría matizarse, caló profundamente en la Psicolingüística evolutiva a partir de Eric H. Lenneberg, pionero de los estudios sobre el componente biológico del lenguaje humano y autor cuya obra, ha ejercido una enorme influencia. Véase Eric H. Lenneberg, *Fundamentos biológicos del lenguaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.

no trasponer ni sustituir ni suprimir sonido alguno de los que forman parte de nuestras palabras, ni añadirles nada que no les pertenezca. En los tramos posteriores de la enseñanza será cada vez más difícil conseguir inculcar en los alumnos esta actitud: lo que no se haya hecho a su debido tiempo les parecerá completamente improcedente, puesto que la idea de que en el ámbito académico se puede hablar de cualquier manera estará ya tan arraigada que resultará muy costoso erradicarla para empezar a trabajar.

Organizar actividades para mejorar la pronunciación de los niños de Primaria es muy fácil. Lo primero es educar la voz y controlarla en todos los aspectos de su emisión, incluso en los que no comportan función lingüística, o en los que, aunque sí la tengan, no incidan en el significado. Hay que controlar la intensidad, por ejemplo, hay que saber expresar e interpelar con la voz, hay que aprender a modularla, a jugar con ella. Hay que conseguir que suene bien. Y, además de todo ello hay que obligarla a dar a la emisión sonora la forma requerida de acuerdo con el modelo que se propone. Cualquier maestro puede inventar sus propias actividades y llevarlas al aula si sabe lo que pretende conseguir con ellas: la cuestión es que sepa que de lo que se trata es de que los niños se ejerciten en la correcta pronunciación porque así lo exige el cuidado de ese inapreciable bien colectivo que es la lengua, cuyos signos están hechos de sonido e idea, sin que quepa alterarles ni su perfil sonoro ni su perfil conceptual, porque hacerlo es destruirlos como lo que son, formas codificadas que solo pueden existir porque procuramos que existan, porque somos capaces de sustentarlas en nuestra aceptación y de fortalecerlas al entregárselas fielmente reproducidas a quienes las reciben de nosotros.

Además de actividades concretas para cada uno de los aspectos de la pronunciación, tales como ejercicios para adecuar la intensidad de la voz a los requerimientos de la situación, para la educación de la inflexión, para la marcación del acento, o para la articulación del fonema en la cadena sonora, en secuencias gradualmente más y más difíciles, contamos siempre con la posibilidad de la lectura en voz alta, que es indiscutiblemente el mejor recurso para el trabajo ortológico, cuando el mecanismo lector se domina. La lectura es insustituible en la enseñanza de la pronunciación por razones evidentes: permite al alumno centrar su atención en la ejecución sonora, sin que la producción del texto, que ya está creado, lo distraiga; elimina cualquier duda acerca de la configuración sonora de las palabras gracias a la correspondencia entre secuencia fónica y secuencia gráfica; permite cuantas repeticiones parciales o totales hagan falta; facilita al maestro la observación y la evaluación; pone de relieve hasta qué punto es importante pronunciar bien para que lo leído se reciba sin dificultad; y demuestra de modo palpable que cualquier alteración de la articulación dificulta el entendimiento o incluso lo impide. El hecho de utili-

zar la lectura en voz alta con fines ortológicos no le quita ni un ápice de su sentido intrínseco: al contrario. Los niños aprenden que pronunciar es importante porque leer es importante y es necesario hacerlo bien no ya para la comprensión, sino incluso para el verdadero disfrute del texto escrito. El ritual de la lectura en alta voz crea una atmósfera especial en la que los partícipes, lector y oyentes, sienten que es natural exigirse o exigir lo que en otras situaciones resultaría forzado, poco espontáneo e incluso ridículo: la perfecta interpretación de la música de la palabra.

Las posibilidades de acción ortológica en el aula no se acaban aquí. De la recitación y la dramatización también se derivan beneficios prosódicos evidentes: también ponen a los escolares en la tesitura de desinhibirse y, si es preciso, cambiar por la modélica su norma particular de pronunciación, en el intento de aproximarse en lo posible a la ejemplaridad.

En el intercambio oral cotidiano, en cambio, el maestro debe sopesar otros factores que pueden desaconsejar que se centre en el aspecto de la pronunciación de los alumnos, aunque siempre deberá cuidar la suya propia por la posición de influencia que ocupa y en aras del acondicionamiento del oído de los niños. Pero se limitará a predicar con el ejemplo, a los colegiales no les exigirá nada semejante. Hablar es complicado, hay que atender demasiados frentes a la vez, y para decidirse a hacerlo en clase muchos deben vencer su timidez. Mejor entonces dejar que se vayan soltando y que lo hagan de un modo que no acreciente su inseguridad. Además lo esencial no es pronunciar siempre de la mejor manera, sino llegar a tener la opción de hacerlo si conviene o se desea, descubrir que la lengua es una herramienta versátil y que saber emplearla de muchas formas es bastante mejor que sentirse limitado a una sola.

En definitiva, el trabajo ortológico se hará calculando su costo y de tal modo que no interfiera con ningún otro aspecto de la enseñanza: tendrá sus propios espacios. Y, por supuesto, los niños aprenderán cuáles son los rasgos de pronunciación que en esos espacios se consideran rechazables, cosa que los maestros deben saber. A los profesores de Didáctica de la Lengua de las Facultades de Ciencias de la Educación habría que decirles que su obligación es la de enseñar estas cosas tan concretas, en vez de perderse en divagaciones sobre la formación integral y lamentarse de la ignorancia de los universitarios. El hecho de que los que se dedican a la docencia lamenten las carencias de sus alumnos es un clásico, como también es un clásico que las lamentaciones se queden casi siempre en lamentaciones, sin que se traduzcan en nada. No hay que lamentarse, y desde luego no hay que resignarse. Hay que tomar medidas. Las instituciones que velan por nuestra lengua tendrían que utilizar su autoridad intelectual, desplegar su influencia y hacer valer su criterio. Y las instancias educativas deberían ser absolutamente claras a la hora de señalar qué conteni-

dos tienen prioridad en los programas de las asignaturas obligadas en las titulaciones de maestro. Alguien ha de terminar con esta situación y romper la baraja, y ese alguien no puede ser sino el profesor universitario con los avales necesarios: cualquier cambio de tendencia se gesta en la Universidad, cualquier reforma de la enseñanza parte de la Universidad. En ella se forman los maestros, los docentes, a los que hay que enseñarles muy bien lo que les importa, lo que ellos mismos tendrán que enseñar a los niños, en lugar de distraer la perdiz planificando apriorísticamente y fuera de contexto el cómo de su futuro trabajo. Algo que les importa es la Ortología, cuyo lugar privilegiado es la escuela. Hay muchos hablantes, muchísimos, para los que el paso por ella supone la única oportunidad de familiarización con «esa otra manera de hablar su idioma». No se discute que debemos enseñar inglés a los escolares en Primaria, ni que sea muy preferible enseñarles un buen inglés. ¿Se puede discutir entonces la conveniencia de enseñarles el mejor español, que es su propia lengua? Y si decidimos no enseñárselo, ¿a qué estamos condenando a los culturalmente desfavorecidos?, ¿qué opciones tendrán en el mundo que les espera?, ¿ser «diversos» a perpetuidad?, ¿desentonar en cuanto se salgan de los límites de sus isoglosas?

Recapitulando, no se puede seguir consintiendo que los alumnos pasen por las distintas etapas de la enseñanza y lleguen finalmente a la vida adulta, con las exigencias sociales que comporta, sin que nadie les enseñe la pronunciación ejemplar de su lengua materna. Como coartada para esta mala actuación educativa se alega que todas las pronunciaciones valen, pero esto es como si defendiéramos que valen todas las formas de escribir, ortográficas o no: absurdo. Si queremos un código duradero hemos de tener unos parámetros de pronunciación tanto como de escritura, eso es evidente. La lengua está hecha de sonidos unidos a ideas y no cabe alterar ni las ideas que encierran las palabras ni los sonidos con que se pronuncian, nos hace falta ceñirnos a unos estándares, si queremos mantener la unidad lingüística. Deberíamos poner todos nuestros recursos al servicio de este objetivo. El español es, en este momento, la segunda lengua del mundo en número de hablantes, y la que tiene mayor potencial demográfico. En los últimos tiempos se invoca constantemente el proyecto *Marca España*, que persigue mejorar la imagen de nuestro país. ¿Acaso tenemos mejor baza que la lengua española para eso? Es nuestra lengua y la de otras veinte naciones, y se puede hablar maravillosamente con muy diversos acentos, con todos los acentos, sin apartarse un ápice de la corrección ortológica. Se puede. Solo se trata de dar a la escuela lo que es de la escuela, para que todos los hablantes sepan desde niños a qué atenerse.

AURORA SALVADOR ROSA
Universidad de Cádiz